

Lágrimas, llanto y sollozos

> Andrea Estrada

“Los hombres no lloran” es una generalización engañosa, exagerada y un tanto anticuada. En primer lugar, porque entraña el supuesto de que hay un llanto distinto para hombres y para mujeres o, mejor dicho, que las razones que lo provocan son diferentes para ambos sexos. Pero además, porque borra la variedad de emociones que lo causan y lo convierte en algo plano, sin matices.

Por empezar, dado que **el llanto no es necesariamente la contrapartida de la dicha**, vale recordar que podemos llorar de alegría, emoción, impotencia y añoranza, entre otros muchos estados emotivos, y, entonces, llorisquear, sollozar, gemir, moquear, padecer una congestión masiva o espasmos convulsivos. Es decir, la sensibilidad no tiene por qué atrincherarse exclusivamente en el dolor, ya que existen otros estímulos que pueden causar la irrupción de las lágrimas.

Si hilamos más fino en esta hipótesis, estamos en condiciones de afirmar que, **para cada una de las razones que provocan el llanto, existe un tipo de lágrima específica**. Por ejemplo, el que llora con “lágrimas de cocodrilo” es el hipócrita, porque su falsedad se esconde también detrás de esta emoción primaria, con la que los niños,

mucho antes incorporar el lenguaje, expresan sus sentimientos y sus necesidades básicas. También se puede llorar “a moco tendido” como lo hizo Lula da Silva al despedirse de la presidencia del Brasil, y no precisamente porque le haya ido mal durante su gobierno.

Pero volviendo a la generalización del principio, Lula es hombre y, sin embargo lloró, a pesar de su sexo y de su investidura, y se mostró como una persona sensible o de “lágrima fácil”. Pero Cristina Fernández de Kirchner es mujer y nunca lloró, al menos, en público, ni cuando asumió el cargo de presidenta, ni siquiera cuando veló a su esposo el expresidente Néstor Kirchner. Por el contrario, la presidenta neutralizó los momentos de mayor emoción con voz entrecortada y, así, con digna fortaleza, evitó la irrupción de las lágrimas.

Por otra parte, el llanto no es tampoco una expresión individual y puede instalarse, incluso, de manera colectiva, cuando el desconsuelo, como en el caso de la muerte de María Elena Walsh, afecta a toda una comunidad.

En conclusión, llorar no es una cuestión de sexo ni de debilidad, ni siquiera una secuela exclusiva de una escena íntima, que “nos hace que lloremos cuando nadie nos ve”. Simplemente, es la expresión humana por excelencia. ▼

> La autora es doctora en Lingüística